

Todo lo que quiero lo llevo conmigo

Edna Carolina Sastoque Ramírez*

Para los que somos un poco tímidos, siempre serán pocas las palabras que podremos pronunciar cuando queramos recordar a un maestro, un colega o un amigo que se ha ido. En el caso de Homero es particularmente difícil encontrar cómo hacerlo. Lo primero que me viene a la cabeza son muchas de sus imágenes, en las que, con una mirada incisiva o pícara a la vez, una carcajada explosiva o un levantamiento simple, pero repetitivo de hombros, quería distender una situación o sencillamente acercarse a nosotros para hacernos caer en la cuenta de que lo que estábamos diciendo, así pareciera sencillo o frívolo, eran expresiones de lo que pensábamos o sentíamos, y que por ese hecho ya eran muy importantes. Su lenguaje corporal era muchas veces más explícito y preciso que incluso su lenguaje verbal, por eso, cada posibilidad de encuentro con él en un salón de clases, en un café o sencillamente por una casualidad en un corredor, era en sí mismo un momento de abierta exploración.

No fueron pocas las veces en las que, gracias a una pregunta pendiente de clase, una referencia bibliográfica perdida, un dato curioso o erudito, o un comentario despistado, se abrieron y cerraron puertas a horas animadas de charlas, con encuentros y desencuentros. Recuerdo particularmente una de esas preguntas desprevenidas, en la que, siendo su profesora asistente de Introducción a la Economía, un estudiante al final de la clase le preguntó: Homero, ¿por qué siempre te vistes con un chaleco azul? (de esos que se usan para pescar), buscando desmentir las muchas versiones que circulaban al respecto: a) que a Homero no le gustaba perder el tiempo pensando qué ponerse y cómo combinarlo; b) que pescar era uno de sus *hobbies* favoritos y que después de su clase de los jueves –de once a una– siempre salía a practicarlo; c) que era lo que mejor le combinaba con sus bluyines y sus botas punta de acero, por mencionar algunas...

Aprovechando la oportunidad, Homero tranquilamente miró al estudiante y le respondió: —Mi querido amigo, porque todo lo que tengo lo

* Docente investigadora de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia Correo-e [Edna.sastoque@uexternado.edu.co].

llevo conmigo... o más bien, porque todo lo que “quiero” lo llevo conmigo y por eso necesito de muchos bolsillos. Se tomó una pausa para tratar de leer nuestros rostros y comprobando nuestro desconcierto, con una gran sonrisa, en un tono más alto y recorriendo el salón de lado a lado, repitió su respuesta: ¡PORQUE TODO LO QUE QUIERO LO LLEVO CONMIGO Y POR ESO NECESITO DE MUCHOS BOLSILLOS!

En un comienzo no me imaginé hacia dónde quería ir, pero pasados unos pocos segundos, después de mencionar su primera frase, me emocioné porque comprendí que Homero aprovecharía la oportunidad para reflexionar sobre nuestra disciplina:

Porque la ciencia económica o, mejor dicho, nuestra forma de vida, tiene muchas teorías. Durante largos períodos, cuando parece haber consensos teóricos, una parte de ella pretende tener el monopolio de la definición de la disciplina y marchar felizmente a fomentar su autosatisfacción. La ciencia económica históricamente ha construido diferentes teorías que nos permiten agregar o desagregar explicaciones de cómo se presentan diferentes tipos de relaciones económicas. Sin embargo, de vez en cuando nos topamos con colegas que se sienten en desacuerdo con el estado de nuestra ciencia y que incluso se apartan de su aparato teórico.

Y agregó:

Sospechen de los economistas que, sin ser matemáticos o filósofos, se refugian en estas ciencias cuando no comprenden el mundo real y tratan de elaborar explicaciones sofisticadas a problemas que muchas veces han sido ya estudiados y solucionados. La economía es una ciencia social aplicada que muchas veces ha sido presa de ganadores de puntos o de cultivadores de perspectivas simplificantes; sin embargo, son muchos los que han trabajado por aportar en este campo, y son solo los buenos profesionales, los que antes de casarse con un solo enfoque estudian profundamente cómo fueron apareciendo, definiéndose, creciendo, contraponiéndose, desapareciendo o imponiéndose las diferentes teorías.

En cada bolsillo guardo cada una de esas teorías para tenerlas a la mano, para consultarlas, reestudiarlas y, en la medida de mi entender, para proponer cómo modificarlas. Y las llevo puestas todos los días porque mi pasión es la economía, es más, si me permiten una infidencia, más que la importancia práctica de la teoría y los instrumentos que van a aprender, en su vida profesional deben estar preparados para enfrentarse a opiniones diametralmente opuestas sobre las causas, los efectos y las terapias que formulan las teorías y las prácticas económicas; de hecho, paradójicamente, los teóricos puros no podrán negar que la investigación empírica

también podrá decirnos algo, y los investigadores puros no podrán negar que sus posiciones en el fondo se ajustan a alguna posición teórica. Por eso siempre llevo puesto mi chaleco.

Y finalizó diciendo:

El punto está en no ser presa de discursos que no comprendemos o defender posiciones que sirven a los intereses de otros. Cada uno diseña su propio chaleco y llena sus bolsillos con los argumentos y la pericia técnica para aplicarlos, es decir, con la información necesaria que le permita identificar la carta de navegación, fijar el timón y comprender las realidades económicas e históricas concretas de su navegación.

Estos recuerdos, llenos de enseñanzas de mi profesor y amigo, me acompañan cada vez que me pregunto por qué me quedé en la academia, cómo va mi proceso y si lo que hago me hace feliz. Figurativamente me imagino cómo está mi chaleco, cuántos bolsillos le he puesto, qué he guardado en ellos y, por supuesto, me interpele ¡si me gusta o no el color...!¹ Homero, no dejaste discípulos, pero sí nos inculcaste el libre albedrío, la pasión y la camaradería. Formal e informalmente sigues entre nosotros.

1 Pido de antemano excusas a mis colegas y demás alumnos que tuvieron la posibilidad de compartir diferentes espacios con Homero, si en estas líneas tergiverso o presento imprecisiones sobre cómo veía él nuestra disciplina. Mi intención es simplemente recrear para las nuevas generaciones una imagen profesional, docente y humana de alguien a quien le guardo una profunda admiración y amor, y a quién no tendré cómo agradecerle su generosidad y compañía, así como mostrar la impronta que sus enseñanzas dejaron para mi vida personal y profesional.